

SAVANNAH Y MAURICE

Angélica Liddell

UNO

SAVANNAH.- A mi hijo Jacob le gustaba jugar con los cordones de las zapatillas y con los cinturones, siempre estaba jugando con los cinturones, estaba jugando y apretó demasiado, eso es todo. Le gustaba mucho jugar con los cordones de las zapatillas y los cinturones. Eso es todo. Mi hijo no se ha matado a propósito. Le gustaba jugar. Apretó demasiado. Eso es todo.

A Savannah le habían arrojado piedras en el cementerio. Se estaba limpiando las heridas cuando apareció en la ventana de la cocina un niño de la edad de Jacob, once años. El niño de la ventana se puso una dentadura de Drácula, respiró varias veces y se marchó velozmente después de haber metido una carta por debajo de la puerta.

Savannah abrió el sobre. Sólo había garrapateada una frase.

MAURICE.- Lo sé todo, firmado, Maurice

Savannah no encontró nada de lo que pudiera avergonzarse. No se sentía culpable. Su vida había sido igual de vulgar que la de miles de mujeres.

SAVANNAH.- Me he casado, he tenido un hijo, me he divorciado, he montado un pequeño negocio de animales para salir adelante y nada más. Todo normal. Nunca he pegado a nadie. No he tenido amantes. Ni siquiera he pensado en el adulterio. Siempre he preferido la soledad. A nadie le importa si me retuerzo en la cama por las noches, si me golpeo la ingle con el puño, si duermo con la bolsa de agua hirviendo entre las piernas. A nadie le importa si en la tienda de animales dejo que los perros me chupen o los pájaros me picoteen o los hámsters se revuelvan en mis bragas. A nadie le importa. Nadie lo sabe. En todo momento he intentado ser una buena mujer, una buena madre, una buena hermana. Y ahora me acusan del suicidio de mi hijo. Apretó demasiado. Eso es todo

Allí estaba otra vez el niño de la carta, columpiándose. Llevaba un ojo morado y se limitaba a observar fijamente a Savannah con sus colmillos de broma. Savannah se sobresaltó tanto al verlo que se escondió hasta que el crío decidió marcharse. No tardó mucho en regresar, el hematoma del ojo había desaparecido milagrosamente. Era en la sien donde se apreciaba ahora la magulladura de un golpe. Savannah por fin consiguió mirarle fijamente pero no se atrevió a hablar, como si tuviera un huevo de nitroglicerina en la garganta. El niño en cambio sonrió, se sacó un cordón de la boca imitando el gesto de los magos y dijo,

MAURICE.- *Sueña conmigo*

Savannah empezó a soñar con él. Tuvo una pesadilla en la que el niño se desnudaba delante de ella y de su cuerpo blanquísimo empezaban a salir chorros de sangre a presión, como si tuviera surtidores por dentro.

SAVANNAH.- *¿Quién está ahí?*

Al fondo del dormitorio estaba el niño de la dentadura de drácula sentado en una silla. Babeaba un líquido verde y llevaba el cuerpo cubierto de golpes. Savannah empezó a dar saltos en la cama, completamente desnuda. Saltaba y se metía las mantas en la boca para no escuchar el ruido de sus dientes. El niño hizo volar una carta sobre la cama, se abalanzó sobre Savannah, le apretó los pechos con todas sus fuerzas y rugiendo, desapareció. En la carta había escrito,

MAURICE.- *SÉ LO DEL PULPO. SÉ LO DEL CONEJO.*

Ahora Savannah ya sabía de lo que estaba hablando aquella bestia. Jacob cazó un pulpo durante unas vacaciones. Insistió en tenerlo como mascota. Savannah lo consintió. Un día Jacob llegó a casa y notó que su madre intentaba disimular la risa llenándose la boca de comida. Lo último que vio Jacob de su pulpo fue un tentáculo convulsionándose en la comisura de los labios grasientos de Savannah. La historia del conejo tenía sangre. Savannah llevó Jacob a una granja de conejos.

SAVANNAH.- *¿Qué conejo te gusta más?*

JACOB.- *Este*

SAVANNAH.- *Es precioso, ¿verdad?*

JACOB.- *Sí*

Jacob no había dejado aún de señalar al conejo cuando el granjero lo agarró por las orejas le propinó un golpe brutal en la nuca y con una brillantez insospechada lo desolló de un tirón. Todos aplaudieron y al niño se le concedió el privilegio de transportarlo a casa. Jacob llevó a su conejo desollado en brazos toda la mañana.

Savannah seguía sin sentirse culpable. De pronto alguien la empujó brutalmente contra la cama, era de nuevo el niño de la dentadura, se había encaramado sobre su espalda con toda la violencia que le permitían sus once años. Savannah forcejeó salvajemente con él hasta que consiguió aprisionarlo con los muslos sentándose encima de él y sujetándole los brazos por las muñecas. El niño le escupió a Savannah la dentadura de Drácula a la cara. Savannah sintió el pene erecto del crío por debajo del pantalón. Tocó una de las heridas que el niño tenía en la cara. Se manchó los dedos.

SAVANNAH.- *¡Es maquillaje, es maquillaje! Todas tus heridas están pintadas.*

Y Savannah besó apasionadamente la boca del niño, llena de sangre. Sabía a melaza.

El Lunes desayunaron desnudos y acordaron emprender el viaje aquella misma noche. Por primera vez en su vida Savannah amaba a alguien de una manera insoportable.

MAURICE.- *No te olvides del maquillaje. ¡Qué hermosa es la raza humana! ¡Oh mundo nuevo y espléndido, qué bellas son tus gentes!*

Maurice recitaba a Shakespeare y antes de partir le dijo a Savannah,

MAURICE.- *Chiflémonos, burlémonos. Burlémonos, chiflémonos. Chúflate, búrlate. Chufla y libérate. Piensa libre como el viento.*

Lo repitieron juntos varias veces. Ya en la carretera los ciervos pudieron escuchar a Savannah y Maurice enloquecidos,

SAVANNAH Y MAURICE.- *Machacádles los huesos con golpes secos hasta que les revienten los músculos con calambres; perforadles el cuerpo con tantas dentelladas como manchas tiene el gato salvaje o el leopardo.*

¡CÓMO RUGEN!

DOS

Repostaron en una gasolinera Savannah entró en la cafetería y encontró a Maurice sentado sobre los muslos de otra mujer. Maurice se había maquillado los labios y las rodillas y además se había dejado abierta la bragueta del pantalón. Parecía que alguien había reventado un puñado de cerezas contra su cara perfecta y le había obligado a caminar de rodillas por la carretera a golpe de látigo. Tal era la imagen barroca de martirio que Maurice exhibía sin recato alguno. La mujer, sudorosa y arrebatada, le apretaba las piernas, cerca de los testículos, mientras el cabrón de Maurice gimoteaba como una muñeca. Aquella mujer tenía unas tetas enormes que Maurice se encargaba de rozar con la oreja de vez en cuando. Savannah no pudo reprimir un ataque de ira, se abalanzó sobre Maurice arrancándolo de los brazos de aquella viciosa y le abofeteó dos veces. Savannah nunca había pegado a nadie. Era la primera vez que lo hacía. Estaba temblando. A Maurice le brillaban los ojos de emoción. No apartaban la mirada el uno del otro, resoplaban con la lengua fuera como los perros.

Alguien dijo,

¡Hay mujeres que no pueden tener hijos!

Y otro,

¡Deberían prohibirles tener hijos!,

Y otro,

¡Si por mi fuera llamaba a la policía!.

Entonces Maurice trepó hasta el cuello de Savannah manchándole el vestido con el maquillaje de las rodillas y la abrazó apasionadamente.

MAURICE.- *¿Nos vamos, mamá?*

Maurice se colocó su dentadura de Drácula, robó un disco compacto de Georg Philipp Telemann y salió corriendo arrastrando a Savannah. Al arrancar apretaron tanto el acelerador que hicieron un ruido insoportable con las ruedas al tiempo que sonaba la Obertura en Re mayor. Las trompetas de Telemann resonaban eufóricas entre las nubes, daba la impresión de que aquella fanfarria iba construyendo la carretera sólo para que Savannah y Maurice escaparan hacia un futuro incierto.

MAURICE.- *¡Beberé el aire que me precede y allí estaré antes del segundo latido de tu pulso!*

(Suena la Obertura de Telemann)

Atropellaron a un erizo, a un conejo y a una pantera que se había escapado del circo. No se detuvieron a mirar. Savannah se acordó de la tienda de animales. La había cerrado sin dejarles comida ni agua. En una semana se devorarían los unos a los otros, o estarían todos muertos, la tienda empezaría a soltar una peste nauseabunda, pero le daba igual, lo único que le importaba era Maurice, amaba y no se sentía culpable, y además no pensaba regresar a aquella ciudad jamás.

Siguieron conduciendo hasta llegar exhaustos a un hotel en la costa. Era octubre y todo estaba vacío pues era un lugar dedicado exclusivamente al turismo de

tercera categoría. Algún que otro viejo ocioso daba vueltas por aquí y por allí. Algún que otro loco, algún que otro pintor sin éxito y algún que otro divorciado que obsequiaba a sus hijos con una visita a un parque temático fuera de temporada. Nada más llegar al hotel Savannah preparó un baño caliente para Maurice. Tiernamente fue arrastrando el maquillaje con un jabón de color rosa. Pero esta vez había una señal auténtica en una de las mejillas del niño, una señal imborrable, imborrable, era la marca de las bofetadas que Savannah le había propinado en la gasolinera.

MAURICE.- *¡Un espejo, un espejo, necesito un espejo, rápido!*

Savannah rompió con una silla el espejo que ocupaba media pared del cuarto de baño y acercó uno de los trozos al niño. Maurice fue repasando la herida con su dedo índice, despacio, estaba fascinado con el dolor que le producía.

MAURICE.- *Es mejor que el maquillaje. Es un golpe de verdad*

Inmediatamente se le irguió el pene, atrajo a Savannah hacia la bañera y fornicaron durante horas.

Te amo, dijo Savannah.

Te amo, dijo Maurice.

¡LA PASIÓN!

Había una reproducción de El Juicio Final de Miguel Ángel colgada sobre el cabecero de la cama. Allí estaba la tragedia del hombre gravitando sobre sus cabezas. Allí estaba una de las creaciones más dramáticas de la historia de la humanidad. Savannah y Maurice se atiboraban de golosinas sin quitarle ojo al pellejo de San Bartolomé.

MAURICE.- *Lo hizo para humillarnos.. Miguel Ángel pintó el Juicio Final para humillarnos. Por lo siglos de los siglos. ¿Te das cuenta? Si alguien hiciera saltar por los aires la Capilla Sixtina volveríamos a vivir en paz. Volveríamos a ser dignos. Ese pellejo nos rebaja tanto, tanto. Miguel Ángel tenía miedo de ser sólo un hombre. Y quiso que todos sintiéramos el mismo miedo, un miedo idéntico al suyo. ¿Hasta*

cuándo nos va a sobrevivir ese Juicio Final? Hace falta una guerra, hace falta una guerra en Roma, PARA DESTRUIR EL JUICIO FINAL.

SAVANNAH.- *Vámonos al parque*

dijo Savannah cogiendo en brazos a Maurice y levantándolo por los aires. Un perro ladraba asomado a un balcón.

MAURICE.- *¿Cuándo otorgará el Papa alma a los animales?*

A pesar de la lluvia torrencial el parque temático estaba abierto y todas sus atracciones funcionando, como si la diversión estuviera destinada a una expedición de espectros. Los gritos que se escuchaban desde las montañas rusas daban la impresión de un manicomio al aire libre. Los actores, pegando alaridos, improvisaban números patéticos con las pelucas chorreando agua y el maquillaje hecho una plasta sobre la cara. Hombres y mujeres vestidos de muñecos gigantes paseaban penosamente por aquí y por allá. Pollos, osos y perros de peluche vagabundeaban sin sentido bajo la lluvia saludando a los postes de la luz.

Alguien dijo, ¿Cielo santo, por qué les obligan a trabajar con lluvia?

Era un espectáculo siniestro que no desanimó en absoluto a Savannah y a Maurice. Estos galoparon a lomos de dinosaurios por el lejano Oeste. Y también se cruzaron con un indio alcohólico en taparrabos, coronado con un puñado de plumas desangeladas, que caminaba maldiciendo a los caballos de plástico.

Y el indio gritó como un predicador sin imaginación, *vuestro final está cerca.*

SAVANNAH.- *¿Qué ha dicho ese hombre?*

MAURICE.- *Cuídate de los idus de Marzo.*

SAVANNAH.- *Hace falta una guerra en Roma.*

MAURICE.- *Marchémonos a Roma.*

Madrid, 2008